

# ALI CHUMACERO

Por Carlos MONTEMAYOR.

**E**L 11 de diciembre de 1987, el poeta Alí Chumacero (Acaponeta, Nayarit, 1918) recibió el Premio Nacional de Letras, la más alta preseña literaria que se concede en México. En la monumental biblioteca de su residencia familiar nos recibió con ese motivo. Le preguntamos su opinión sobre el Premio Nacional que se le acaba de otorgar. Con voz firme, rápido en su expresión, responde:

El otorgamiento de un premio presenta dos aspectos. El primero es el de animar a un escritor a seguir escribiendo, y el segundo el de reconocer en el escritor la importancia de una obra ya concluida. El primero sería para un escritor joven y el último para quien ha dicho la mayor parte de lo que tenía que decir. El Premio Nacional tiene esta última característica. Sin embargo, esto no es del todo verdad. Después de que se ha concedido, lo menos que se puede pensar es que, si existe ese reconocimiento, se vuelve no sólo necesario sino indispensable continuar adelante hasta el último momento. En el arte no hay límite, no hay meta, no hay extremo ni última palabra; todo es un desarrollo sin fin que, a todas horas y sin sosiego, se presenta ante el artista como si fuera, más que un término, un principio desde el cual hay que volver a empezar.

El Premio Nacional no ha detenido, que yo sepa, la continuidad de la obra de ningún premiado. Al contrario, ha sido útil para redoblar ánimos a fin de continuar adelante sin desmayo, con la convicción de que la edad no es pretexto para amenguar el paso. El escritor debe amanecer diariamente persuadido de que le falta mucho por hacer y, en consecuencia, debe convencerse de que —así reciba todos los premios del mundo— su vocación se sitúa más allá de esas probables circunstancias.

*Un aspecto importante de los premios, le decimos, es su carácter económico. Quizás los premios son la forma moderna del mecenazgo, pues difícilmente la poesía permite por sí misma beneficios materiales. Chumacero, con una franca sonrisa, comenta:*

Probablemente la poesía es el único arte que, se puede decir sin rodeos, nunca produce un solo centavo. El que escribe poemas sabe de antemano que de esa fuente no manará nada que no sean satisfacciones de carácter puramente

estético. En otras artes, no es extraño que la economía haga de las suyas y logre tener acceso en las arcas del artista. Por lo contrario, la poesía no ha sido, ni en los grandes poetas, un oficio que se hace para vivir. Su único propósito es satisfacer artísticamente, dejar algo que nos sobreviva y, de alguna manera, "interpretar" los sentimientos y las emociones de los demás.

*¿Quiere usted decir que la poesía es "desinteresada" en un sentido total, que no se propone un fin concreto o material?*

No, para mí la poesía es una actividad del espíritu que no se detiene en el simple juego de las palabras, en la manifestación del mundo interior del poeta, sino que su pretensión consiste en ir más allá, en dejar una huella por encima del tiempo, en crear siquiera unas cuantas líneas, unos cuantos sonidos que sobrevivan a quien los escribió. La poesía, al igual que las demás artes, es una especie de estatua que lucha contra la fragilidad del tiempo, contra lo que instante a instante desaparece, y su significado es la permanencia, la duración continua, como si en alguna forma tocara un rasgo de lo eterno.

De ahí que, como le decía, la satisfacción que proporciona la sitúe más allá de toda ambición económica, de toda posibilidad de transformar esas palabras, esos sonidos, en otra cosa que no sea la pasión por las formas bellas. Pensar obtener dinero de lo escrito en verso es un sueño agradable que se halla por encima de lo posible

*¿Pero cuál es la relación de esa búsqueda de lo intemporal con lo real, con la vida diaria? ¿Podría aclararnos más este punto? ¿Decirnos qué relación existe entre la poesía y la vida del poeta?*

Sin exagerar, podemos decir que la poesía no es sino el producto de la vida. No hay arte, en general, que no exprese fundamentalmente las experiencias del artista: sus deseos, sus rencores, sus pasiones, sus gustos, sus disgustos, sus amores... Todo eso que forma parte de la vida de todos aparece en su obra, es una porción constitutiva de su trabajo. Un poeta alemán aconsejaba que no se escribiera un poema hasta que madurara en la conciencia, hasta que se hiciera parte íntima del escritor. Cuando el poeta siente que las experiencias vitales lo han invadido, cuando se convence de que está saturado de todo aquello que ha de transformar en palabras, entonces sí debe tomar la pluma y dibujar el rasgo inicial de la primera letra.

Sabemos que la obra de arte no se origina en el arte, sino en la vida, en los objetos de que nos servimos, en el trato con los demás, en el afecto y el desprecio, entre maldiciones y agradecimientos. Es decir, en el mundo que nos rodea. Lo cual quiere decir que la vida y la poesía forman una unidad que, como en el matrimonio religioso, sólo habrá de dividir la muerte. La muerte del poeta, por supuesto. Porque la poesía, cuando es una obra de calidad, sobrevive a quien la crea.



En una ocasión, un escritor indicó que el olvido borrará el nombre del poeta que no haya sido capaz de ser más grande que sus escritos. Esto es una expresión exagerada pero contiene el parecer de que, antes que artista, hay que ser persona humana.

*¿Qué opina de la crítica literaria?*

Yo mismo acabo de publicar, con el título *Los momentos críticos*, un tomo de textos entresacados de la multitud que he escrito en periódicos y revistas desde hace casi cincuenta años.

La crítica literaria no es un producto de la vida; es un fruto, en todo caso, de la vida de los libros de los demás. Se trata de “una creación dentro de otra creación”, de un lenguaje sobre otro lenguaje. Su importancia inmediata descansa en que el que escribe crítica debe ir más allá del “me gusta” y ha de fundamentar sus opiniones. La crítica explica y enjuicia. Generalmente explica desde el punto de vista del autor criticado, y enjuicia desde el punto de vista del crítico. El crítico es comúnmente una persona que va hacia los libros ajenos con el claro propósito de descubrir en sus páginas un reflejo de su propia personalidad. Su razonamiento resulta a veces parecido a su sensibilidad, cuando no a sus ideas. Anatole France, novelista que también hizo crítica, aconsejaba a los críticos que aprovecharan la oportunidad de hablar de sí mismos cuando se refirieran a Racine, a Pascal, a Goethe o a Shakespeare. Porque no deja de ser cierto que el crítico cede a la tentación de narrar las aventuras de su espíritu a través de las obras maestras de la literatura. Con lo cual concluimos que la crítica —además de ser indispensable para el ordenamiento de la literatura— es una autocrítica, y corre el riesgo de convertirse en una autobiografía.

